

LA DERROTA DEL COMUNISMO

CARLOS CUADRA PASOS

El comunismo imperante en Rusia, descansa en la filosofía materialista de Carlos Marx, quien afirmó que cuando desapareciese la miseria del proletariado, por un orden económico socialista, automáticamente desaparecería la religión Cristiana. Lenin, afirmó con los hechos ese postulado y sobre él edificó severamente la Rusia Soviética. Stalin, luchó con esa bandera, y Trotsky, desde la oposición a Stalin, sostuvo integralmente la misma doctrina.

El admirable progreso técnico alcanzado por Rusia en todos los órdenes en virtud de la rigurosa disciplina del soviét, le sirve de propaganda. La tesis sostenida por la dialéctica del soviét es que la sociedad, la colectividad es el único valor positivo, y dentro de él el hombre no es más que un mero individuo, es decir número destinado a fortificar la suma.

Pero la observación histórica del Cristianismo dice lo contrario, que el peligro comunista está en razón inversa del bienestar pleno de los pueblos. Una fortuna media que obliga al hombre a la lucha diaria por la vida fortifica en él la personalidad como cifra fundamentada en el libre albedrío. El Cristianismo no se inspira en un mero antagonismo del comunismo, ni debe su estabilidad a significar una doctrina social de alto valor, el Cristianismo en todas sus fases es el reino de Dios sobre la tierra, contra el cual no prevalece ninguna fuerza diabólica, por mucho que sea el poder y la violencia de su acción

Algunos cristianos exagerando conceptos proclaman a la justicia como el fundamento exclusivo de la convivencia humana. Romano Guardini, filósofo alemán católico, rechaza ese pensamiento, y repite la sentencia latina que reza: "Summum jus, summa injuria", porque la severidad de tal justicia es despotismo, coarta la libertad, disminuye la persona humana. El Cristianismo sostiene que hay otro elemento del alma que prevalece sobre la justicia. Ese elemento luminoso es la caridad.

Con la luz de esa atractiva tesis de Guardini, procuremos examinar a grandes rasgos la historia del Cristianismo, siempre en la lucha y siempre vencedor por la promesa de Jesucristo. El primer movimiento del Cristianismo con respecto a Roma es de intensa lucha para conquistar el centro del mundo. Según el Evangelio de San Mateo, Cristo, en su primera aparición, después de resucitado habló así a sus discípulos: "Id y enseñad a todas las naciones. Enseñadles a observar todo lo que yo he prescrito". Rudo batallar de que son un símbolo y una constancia las catacumbas. San Pablo en una de sus epístolas, repite la consigna al decir: "Todos sois hijos de Dios, por la fe en Cristo Jesús, a cuyos ojos no existe ya judío ni gentil, no hay esclavos ni libres, no hay varón ni hembra, pues todos sois de Cristo, descendientes por tanto de Abraham, herederos conforme la promesa".

La persecución llegó al colmo con Nerón que atribuye a los cristianos el incendio de Roma. Pero esas ma-

tanzas no obtuvieron ningún resultado positivo porque no hacían más que exaltar la fe de los cristianos y revestirlos con el signo de lo heroico. De esa manera en la decadencia del imperio se planteó el problema en esta forma, que expresa el principio del fin de la persecución.

Con ello también se planteaba, indirectamente, una cuestión de alcance filosófico esencial: el Estado pagano se creía con derecho, para salvaguardia de su autoridad, a eliminar a todos aquellos cuya fe pudiera parecerle un elemento de resistencia contra su omnipotente dominación. Era en cierto modo la actual concepción totalitaria con arreglo a la cual el individuo no es más que un instrumento al servicio de la salvación del Estado. Para los cristianos, por el contrario, el problema esencial es el deber que tienen todos los hombres de asegurar la salvación eterna de sus almas individuales, unidas fraternalmente en una profunda comunión, dotadas todas ellas de igual dignidad a los ojos de Dios; lo que supone también que el Estado, en vez de tener derecho a sacrificar a su propia prosperidad la dignidad de los individuos, debe ser un instrumento al servicio del bien de todos. Según la fórmula empleada por el Papa Pío XII, en 1926, en un texto referente a una de las grandes polémicas de nuestra época: "La política está lógicamente supeditada a la moral".

El Imperio estaba en decadencia, la persecución de los cristianos continuaba pero con menos persistencia. En el año 312, Constantino entró en guerra con Magencio que ocupaba Roma. Resolvió atacarlo en la propia ciudad con fuerzas menores. Tuvo la idea, según él refirió después, de invocar al Dios de los cristianos, y aún aseguraba él mismo que acto continuo vio en el cielo la cruz con una expresión griega que rezaba: "Por este signo vencerás".

Así fue; con menos fuerzas que Magencio atacó Roma y derrotó a su rival que al huir pereció ahogado en el Tiber. Constantino dictó el famoso edicto de Milán, en la cual disponía que todo aquel que desee seguir la religión cristiana puede hacerlo sin temor ninguno de ser inquietado. Es un problema no resuelto en la historia el saber hasta qué punto se ligó Constantino con la Iglesia. Algunos historiadores dicen que Constantino insistió en conciliar el Credo cristiano con algunas doctrinas de la filosofía griega, sin decidirse a una conversión efectiva. Un autor asegura que sólo se hizo bautizar en víspera de su muerte el año 337.

Aquí principia una nueva faz del cristianismo que trae situaciones muy difíciles. Está ligado a un imperio en franca decadencia. Se levantaron las herejías y un emperador, Juliano, con sobrenombre de Apóstata, abraza una de esas herejías y quiso reconstruir las viejas religiones paganas. Pero el cristianismo se impuso y fue dueño de Roma en momentos del gran peligro de las irrupciones de bárbaros. Así se ve a los Vándalos frente

a Hipona, el obispado de San Agustín. Poco tiempo después, Alarico tomó a Roma y la saqueó. En el mundo romano se temía mucho por la Iglesia.

Con ese motivo tuvo la Iglesia un sonoro triunfo. Era Papa San León I El Grande. Años 432 á 461. Atila después de pasar el Rhin, invade las principales ciudades del Imperio romano, y llega hasta las puertas de Roma. Entonces San León, rodeado de Obispos y sacerdotes, sin más armas que los báculos sale a enfrentarse con Atila, y el huracán de los bárbaros es detenido a las puertas de Roma por aquel grupo insigne desarmado.

Varias versiones hay para explicar los resortes de que se valió el Papa Grande. Por ejemplo la novela "A las Puertas de Roma" del autor Louis de Wolf, y que pertenece a una serie escrita para explicar esa época de lucha intensa de finales de la edad media, la explica diciendo que Atila joven y entregado al Emperador Teodosio II como rehén para garantizar el cumplimiento de las promesas de paz de su padre el Gran Khan, sedujo a la princesa Honoria, y tuvo con ella un hijo. El Emperador cuando se da cuenta aleja a su hija de la corte, la encierra en un castillo de Milán y en cuanto tiene al hijo se lo quitan, y a ella la destierran a Bizancio poniéndola al cuidado del Emperador Valentiniano III. El hijo de Atila es educado entre varios de la corte, y cuando está joven, es un oficial valiente, con las cualidades agresivas de su padre. Cuando Atila pasa como un huracán camino de Roma, libra una batalla sangrienta con el ejército de Teodosio y cae en sus manos como prisionero de guerra su propio hijo, al cual, junto con otros oficiales, da muerte cruel. Atila lleva en su corazón la esperanza de rescatar ese hijo, habiendo recibido insinuaciones de la misma Honoria al respecto. San León, para domar el carácter fiero de Atila, le revela que como un castigo de Dios ha matado él a su propio hijo, y Atila se desespera. Se impone la elocuencia del gran Pontífice y se retira y pocos meses después muere presa de incurable melancolía. En una biografía de Atila he leído la misma versión del novelista Louis de Wolf.

Sea como fuere el resultado de la sublime acción del gran Papa León I dió el prestigio definitivo a la Roma cristiana, para ponerse al frente del Occidente de Europa, en una unidad luminosa que aún subsiste. Corre el siglo V de nuestra era, y en Italia están florecientes las repúblicas de Florencia, de Venecia. César Borgia hijo del Papa Alejandro VI, es también un soberano poderoso y



Atila detenido a las puertas de Roma
(Fresco de Rafael en el Vaticano)

temible. En la complicada política de esos principados aparece Nicolás Bernardo de Maquiavelo nacido en Florencia en el año de 1460. Su padre fue alto empleado de la marca de Ancona, y su madre descendiente de muy ilustre familia, tuvo fama de mujer muy culta y de poetisa. Indudablemente fue hombre de gran talento pero de muy pocos escrúpulos. Escribió dos libros: El Príncipe, y Las Décadas de Tito Livio. La tesis del florentino aconseja la fuerza, la astucia, el talento, la capacidad, que más tarde Nietzsche, sobre ellas pretende levantar su superhombre. Es abiertamente anticristiano, y se atrevió a acusar al Papado de haberse debilitado y de ser totalmente impolítico.

Al respecto me parece concluyente el siguiente párrafo que copio del libro "El Nuevo Anti Maquiavelo", por Manuel Fraga Iribarne: "Por supuesto que sólo la concepción radicalmente opuesta a la de Maquiavelo, nos puede salvar de la opresión irracional; aquella que haga buscar, también al Estado, la "Magna instauratio in Christo", clave de la enseñanza de San Pablo frente al mundo pagano de la antigüedad, y propuesta de nuevo a la Acción Católica por Pío XI frente al mundo pagano de nuestro tiempo. El catolicismo concibe al Estado como una gran arma al servicio de esta general restauración de todas las cosas en Cristo. En esto difiere radicalmente del protestantismo, que no valora las obras, y es excéptico también (y por eso propenso al liberalismo y a la discusión) frente a las obras políticas. Pero se opone, sobre todo, a cualquier visión de un Estado que pretenda encontrar el fin en sí mismo, como el Estado Anticristo de Maquiavelo".

Le tocó a España levantar la bandera anti Maquiavelista en defensa del cristianismo integral. Fernando el Católico, que junto con su esposa la reina Isabel la

Católica, habían unificado España y vencido al poder musulmán en virtud de su programa defensivo de la fe cristiana, levantó al anti maquiavelismo, que fue expresado doctrinariamente por el padre Mariana en su obra *Del Rey y de la Institución de la Dignidad Real*. Por el Padre Rivadeneira en su obra: *"Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano para gobernar y conservar sus Estados contra lo que Nicolás Maquiavelo y los Políticos de este tiempo enseñan"*. Por don Francisco de Quevedo y Villegas en su obra *"España defendida"*; y por don Diego de Saavedra Fajardo en su obra *"De las Empresas Políticas"*. Pero la lucha contra el maquiavelismo no ha terminado, se hace necesario levantarle enfrente un antimachiavelismo inteligente y bien intencionado. Hacer comprender a las generaciones actuales, que los fines supremos del hombre, son las cuatro respuestas, que he leído en una revista católica española: Yo, o sea el hombre; los otros o sea la sociedad; debajo de nosotros, la naturaleza dominable; y sobre nosotros, Dios por los siglos de los siglos.



Maquiavelo

Mal terminó Maquiavelo, por sus relaciones con César Borgia se hizo sospechoso a los Médicis, y cuando volvió a Florencia sufrió prisiones y aún algunas torturas corporales que le afligieron y aún lo hicieron desconfiar de su propia doctrina.

En lucha constante vivió la Iglesia en sus relaciones con los Emperadores de Occidente, y las diferencias de criterio con la Iglesia ortodoxa de Bizancio. No gozó de tranquilidad porque avanzó demasiado en la teoría teocrática en virtud de la cual se arrogaba un poder de un super estado que podía hasta destituir emperadores. La caída de Bizancio en poder de los turcos, eliminó la Iglesia ortodoxa y reconcentró al servicio de los Papas a insignes teólogos. Con todo, siempre conservó el impulso civilizador que era la misión principal que había desempeñado en el mundo y le había dado su gran prestigio

Pero la unidad efectiva del cristianismo con su centro en Roma entró en lamentable crisis. En la edad moderna el protestantismo lo dividió en regiones, estrechó sus límites entre fronteras nacionales y lo confundió con el Estado. Lutero en Alemania, Enrique VIII en Inglaterra, Calvino en Suiza, lo hacen un ramo de la administración central del Estado; pero siempre en el centro, y a pesar de las grandes discordias de Europa se levantaba culminante Roma, bajo el poder del pontificado, que no había perdido su legitimidad, que tiene por punto de

partida a Pedro, la piedra firme sobre que fue edificada por el mismo Jesucristo.

Una nueva crisis fue producida por las doctrinas del Renacimiento. En 1534 Erasmo publicó su tratado, *"Diálogo sobre el libre Arbitrio"*, base de un humanismo contrario a la doctrina de la predestinación. Entonces fue que se produjo el Concilio de Trento, en la cual se precisaron los términos dogmáticos, en el cual se declaró que la libertad del hombre no ha sido destruída, ni apagada por la caída en el pecado original.

Y viene el gran movimiento revolucionario filosófico del siglo XVIII que culmina con Voltaire que levanta bandera franca contra la Iglesia de Roma a la cual llama "la infame", y que más tarde se manifiesta en las violencias de la revolución francesa. No valen a detener ese elemento antirreligioso ni las restauraciones de la monarquía francesa, ni las doctrinas políticas de la Santa Alianza. Se extrema la hostilidad al estallar la revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho en Francia, que ya alienta las doctrinas más avanzadas del socialismo. Es entonces que se levanta Marx y en su célebre manifiesto proclama el ateísmo con los vaticinios que, como dijimos al principio, forman el credo inicial del comunismo ruso.

Está definitivamente planteado el problema. El comunismo avanza y alega a su favor la justicia estricta, por cuanto él representa al proletariado. Es la hora de recordar la sabia parábola del Hijo Pródigo. Un padre tiene dos hijos, el mayor, dedicado al trabajo ha cuidado y vigilado siempre los bienes de su padre. El menor inquieto de carácter, pide a su padre le entregue la herencia materna y se va con ella a otros países. Ahí despilfarra su capital y cae en la miseria hasta el extremo de tener que cuidar una piara de cerdos, oficio ingratisimo para un judío, que tiene al cerdo por animal inmundo. Recuerda entonces la vida en casa de su padre en donde el último de los sirvientes está bien atendido, y venciendo su orgullo resuelve volver donde su padre con ánimo de constituirse en uno de sus criados. Pero cuando el padre lo vé, se alegra, lo abraza y lo besa. Llama a todos los sirvientes y manda a matar un lechón y a celebrar la fiesta del regreso del hijo pródigo. Cuando el hijo mayor regresa se indigna de esos festejos, y reclama la justicia estricta que le asiste como el dueño en herencia de la fortuna de su padre que él ha cuidado y aumentado con el sudor de su frente. Si meditamos vemos que en realidad la justicia le asiste al mayor, pero la caridad, el imperio del amor, protege al pródigo.

El padre según San Lucas dice al hijo mayor: "Hijo tu estás siempre conmigo, y todos mis bienes son tuyos; mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado". Y cuando el Señor explica la parábola a sus discípulos, dá un mérito superior al convertido, que al que ha sido justo por todo el tiempo, pronuncia estas consoladoras palabras para los mundanos. "Hay más regocijo en el cielo por un convertido que llega, que por noventa y nueve justos".

Frente al comunismo que dominaba ya en gran parte de Europa bajo la dirección de los soviets de Rusia, se presentaba el cristianismo europeo dividido, casi disper-

so, entre las varias sectas protestantes y la Iglesia romana. Pero Cristo Dios y Hombre verdadero, le dió al hombre no sólo un conocimiento de Dios, en el orden religioso, sino también un conocimiento del hombre, de su esencia y de su valor humano. Amenazada esa esencia por el comunismo se ha tocado el clarín de reunión al centro para defenderse y salvar esas valiosísimas esencias. Todos se han colocado a la sombra de la cruz, que fue el signo que en la antigüedad dió la victoria al Emperador Constantino. De esa manera han tenido fuerza para comprobar ante el mundo la falsedad del ateísmo de Marx.

Existe un libro maravilloso titulado "Del Consuelo Divino", cuyo autor es el filósofo cristiano Eckehart, quien lo escribió en el siglo IV de nuestra era, en el cual razona sobre las relaciones humanas y divinas con Jesucristo, y afirma el axioma de que Jesucristo es contemporáneo de todo hombre. Da coraje a los cristianos el convencimiento que nunca está ausente Cristo para el que lo busca con amor, sea protestante o sea, más legítimamente, católico, apostólico y romano.

Por esa sombra de la cruz, por esa presencia de Cristo se ha formado nueva entidad que se llama Occidente, que quiere tomar la forma humana de una civilización cristiana en esencia y por consiguiente en potencia.

A esos elementos se ha dirigido Su Santidad Juan XXIII, con su valiente Encíclica "Madre y Maestra". Desde León XIII ha venido el Pontificado, preparando una socialización, entendida "como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia con diversas formas de vida y de actividad asociada"; pero siempre que no restrinja ni disminuya la personalidad del hombre. Por eso el principio fundamental de la concepción social proclamada por Juan XXIII, consiste en que cada uno de los seres humanos siga siendo siempre el fin y el sujeto de todas las instituciones. Un autor expresa ese pensamien-

to en esta forma concluyente. "La doctrina social cristiana es una parte integrante de la concepción cristiana de la vida. Su verdad y eficacia se demuestran al ofrecer una orientación segura para la solución de los problemas concretos".

Hemos procurado exponer las vicisitudes de la Iglesia después del edicto de Milán en el siglo IV, por el cual adquirió la posición de religión oficial del Imperio romano. Su creciente poder la elevó a la creación de los Estados Pontificios con el consiguiente peligro de su participación en la política internacional. Los Estados Pontificios sucumbieron en el Pontificado del mártir Pío IX, que está en camino de subir a los altares. Sucesores eminentes como León XIII fueron simples prisioneros del Estado italiano, hasta que Mussolini concibió el proyecto de formar en el centro de Roma un minúsculo Estado, pero suficiente para dar independencia al Pontífice. El 11 de Febrero de 1929 se firmaba solemnemente el Pacto de Letrán en el cual Benito Mussolini y el Cardenal Pedro Gasparri suscriben, como plenipotenciarios, respectivamente de Víctor Manuel III y Pío XI, el Pacto de Letrán.

Habían transcurrido nada menos que dieciséis siglos entre el edicto de Milán y el Pacto de Letrán, con una Iglesia saltando sobre obstáculos que parecían insuperables para dar al mundo una nueva civilización.

Y cuando Carlos Marx con su teoría, y Lenín con su despótica dialéctica, creían poder cantar victoria apagando el faro de la religión, la Iglesia en Roma, en el Estado Vaticano se yergue al frente del mundo Occidental. Convoca un Concilio Ecuménico para compactar al cristianismo bajo el signo que divisó en el cielo Constantino.

Repiquen las campanas de San Pedro, repercutiendo en los campanarios de las iglesias de todos los continentes, por la victoria de sus afirmaciones sobre las vanas negaciones del ateo y altanero comunismo.



Firma del Tratado de Letrán.